

# Agatha Christie<sup>®</sup>



**EL  
ASESINATO  
DE ROGER  
ACKROYD**

booket

# **Agatha Christie**

## El asesinato de Roger Ackroyd

Traducción: G. Bernard de Ferrer



# Capítulo 1

## El doctor Sheppard a la hora del desayuno

**M**rs. Ferrars murió la noche del 16 al 17 de septiembre, un jueves. Me llamaron a las ocho de la mañana del viernes 17. Mi presencia no sirvió de nada. Hacía horas que había muerto.

Regresé a mi casa unos minutos después de las nueve. Entré y me entretuve adrede en el vestíbulo, colgando mi sombrero y el abrigo ligero que me había puesto como precaución por el fresco de las primeras horas de aquel día otoñal.

En honor a la verdad, diré que estaba muy inquieto y preocupado. No voy a pretender que preví entonces los acontecimientos de las semanas siguientes, pero mi instinto me avisaba de que se acercaban tiempos llenos de sobresaltos y sinsabores.

Del comedor, situado a la izquierda, llegó a mis oídos un leve ruido de tazas y platos, acompañado de la tos seca de mi hermana Caroline.

—¿Eres tú, James? —preguntó.

Pregunta absurda, ¿quién iba a ser? Para ser sincero, mi hermana Caroline era precisamente la que provocaba mi demora. El lema de la familia mangosta, según Rudyard Kipling, es: «Ve y entérate». Si Caroline necesitase algún día un escudo nobiliario, le sugeriría la idea de representar en él una mangosta rampante. Además, podría suprimir la primera parte del lema. Caroline lo descubre todo

quedándose tranquilamente sentada en casa. ¡No sé cómo se las apaña, pero así es! Sospecho que las criadas y los proveedores constituyen su propio servicio de información. Cuando sale, no es con el fin de ir en busca de noticias, sino de divulgarlas. En este terreno también se muestra asombrosamente experta.

Esta última característica suya era lo que me hacía vacilar. Fuera lo que fuese lo que yo le contara a Caroline sobre la muerte de Mrs. Ferrars, lo sabría todo el mundo en el pueblo al cabo de hora y media. Mi profesión exige discreción y, en consecuencia, acostumbro a esconderle a mi hermana todas las noticias que puedo. Generalmente, logra enterarse a pesar de mis esfuerzos, pero tengo la satisfacción moral de saber que estoy al abrigo de toda posible reconvencción.

El esposo de Mrs. Ferrars murió hace un año, y Caroline no ha dejado de asegurar, sin tener la menor base en que fundarse, que su mujer le envenenó. Desprecia mi invariable afirmación de que Mr. Ferrars murió de gastritis aguda, a lo que ayudó su excesiva afición a las bebidas alcohólicas. Convengo en que los síntomas de gastritis y de envenenamiento por arsénico tienen ciertas similitudes, pero Caroline basa su acusación en motivos muy distintos.

«¡Basta con mirarla!», oí que decía una vez.

Aunque algo madura, Mrs. Ferrars era una mujer muy atractiva y sus sencillos vestidos le sentaban muy bien. Sin embargo, muchísimas mujeres compran sus prendas en París y no por eso han envenenado a sus maridos.

Mientras vacilaba en el vestíbulo, pensando vagamente en todas esas cosas, la voz de Caroline sonó de nuevo, algo más aguda:

—¿Qué demonios haces ahí, James? ¿Por qué no vienes a desayunar?

—¡Ya voy, querida! —contesté apresuradamente—. Estoy colgando el abrigo.

—¡Has tenido tiempo de colgar una docena!

Tenía razón, muchísima razón. Entré en el comedor, le di a Caroline el acostumbrado beso en la mejilla y me senté ante un plato de huevos fritos con beicon. El beicon estaba frío.

—Te han llamado muy temprano —observó Caroline.

—Sí. De King's Paddock. Mrs. Ferrars.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Annie me lo ha dicho.

Annie es la doncella; buena chica, pero una charlatana incorregible.

Hubo una pausa. Continué comiéndome los huevos con beicon. A mi hermana le temblaba la punta de la nariz, que es larga y delgada, como ocurre siempre que algo le interesa o excita.

—¿Y bien?

—Mal asunto. Nada que hacer. Debió de morir mientras dormía.

—Lo sé —repitió mi hermana.

Esta vez me sentí contrariado.

—No puedes saberlo. Ni yo lo sabía antes de llegar allí y todavía no se lo he contado a nadie. Si Annie está enterada, debe de ser clarividente.

—No me lo ha dicho Annie, sino el lechero. Se lo ha explicado la cocinera de los Ferrars.

Ya he dicho antes que no es preciso que Caroline salga a buscar información. Se queda sentada en casa y las noticias vienen hasta ella.

—¿De qué ha muerto? ¿De un ataque cardíaco?

—¿Acaso no te lo ha dicho el lechero? —repliqué con sarcasmo.

Los sarcasmos no hacían mella en Caroline. Se los tomaba en serio y contestaba como si tal cosa.

—No lo sabía.

Como tarde o temprano Caroline acabaría por enterarse, tanto daba que se lo dijera.

—Ha muerto por haber ingerido una cantidad excesiva de veronal. Lo tomaba últimamente para combatir el insomnio. Debió de pasarse con la dosis.

—¡Qué tontería! —dijo Caroline de inmediato—. Lo hizo adrede. ¡A mí no me engañas!

Cuando tienes una sospecha, resulta extraño admitir que no la quieres confesar. El hecho de que otra persona la exprese en voz alta te impulsa a negarla con toda vehemencia.

—¡Ya vuelves a las andadas! Dices cualquier cosa sin ton ni son. ¿Por qué había de suicidarse? Viuda, joven todavía, rica y con buena salud, no tenía otra cosa que hacer sino disfrutar de la vida. ¡Lo que dices es absurdo!

—Nada de eso. Tú también tuviste que fijarte en el cambio que había sufrido estos últimos meses. Parecía atormentada, y acabas de admitir que no podía conciliar el sueño.

—¿Cuál es tu diagnóstico? —pregunté fríamente—. ¿Un amor desgraciado?

—Remordimientos —afirmó sin dudar.

—¿*Remordimientos*?

—Sí. Nunca quisiste creerme cuando te decía que había envenenado a su marido. Ahora estoy más convencida que nunca.

—Lo que dices no es lógico. Seguro que, cuando una mujer tiene la suficiente sangre fría como para cometer un asesinato, después no se deja dominar por el débil sentimentalismo que suponen los remordimientos.

Caroline meneó la cabeza.

—Probablemente hay mujeres como las que tú dices, pero Mrs. Ferrars no era una de ellas. Era un manojo de nervios. Un impulso imposible de dominar la llevó a desembarazarse de su marido, porque era de esas personas

incapaces de soportar el más mínimo sufrimiento, y no cabe duda de que la esposa de un hombre como Ashley Ferrars debió de sufrir mucho.

Asentí.

—Desde entonces vivió acosada por el recuerdo de lo que hizo. Me compadezco de ella aunque no quiera.

Creo que Caroline no sintió nunca compasión por Mrs. Ferrars mientras vivía, pero, ahora que se había ido (quizá allí donde no se llevan vestidos de París), estaba dispuesta a permitirse las suaves emociones de la piedad y de la comprensión.

Le dije con firmeza que sus sospechas eran una solemne tontería. Me mostré muy firme, aunque, en mi fuero interno, estaba de acuerdo con buena parte de lo que ella había expresado. Pero no podía admitir que Caroline hubiera llegado hasta la verdad por el sencillo método de adivinarla. No iba a alentarla. Recorrería el pueblo divulgando sus opiniones y todos pensarían que lo hacía basándose en datos médicos que yo le había proporcionado. La vida es agotadora.

—¡Tonterías! —dijo Caroline en respuesta a mis críticas—. Ya verás. Apuesto diez contra uno a que ha dejado una carta confesándolo todo.

—No dejó ninguna carta —repliqué tajante, sin pensar en las consecuencias.

—¡Ah! —exclamó Caroline—. De modo que has preguntado si había una carta, ¿verdad? Creo, James, que en el fondo piensas como yo. Eres un hipócrita.

—Siempre hay que tener en cuenta la posibilidad del suicidio —señalé.

—¿Habría investigación judicial?

—Tal vez. Todo depende de mi informe. Si estoy plenamente convencido de que tomó la sobredosis por accidente, quizá no la haya.

—¿Lo estás? —preguntó mi hermana con astucia.

No contesté y me levanté de la mesa.

## Capítulo 2

# Quién es quién en King's Abbot

**A**ntes de continuar relatando mis conversaciones con Caroline, quizá sea conveniente describir la geografía local. Nuestro pueblo, King's Abbot, supongo que es muy parecido a cualquier otro. La ciudad más cercana es Cranchester, situada a catorce kilómetros de distancia. Tenemos una estación de ferrocarril grande, una oficina de correos pequeña y dos tiendas que venden toda clase de productos. Los hombres aptos acostumbran a dejar la localidad en la juventud, pero somos ricos en mujeres solteras y oficiales retirados. Nuestros pasatiempos y aficiones se resumen en una sola palabra: cotilleo.

Sólo hay dos casas de cierta importancia en King's Abbot. Una es King's Paddock, dejada en herencia a Mrs. Ferrars por su difunto esposo, y la otra, Fernly Park, propiedad de Roger Ackroyd, personaje que me ha interesado mucho por ser el paradigma del gentilhombre rural. Me recuerda a uno de aquellos deportistas de rostro enrojecido que aparecían siempre en el primer acto de las viejas comedias musicales, cuyo decorado representaba la plaza del pueblo. Por lo general, cantaban una canción sobre algo de ir a Londres. Hoy en día, tenemos revistas y el caballero rural ha pasado de moda.

Desde luego, Ackroyd no es en realidad un gentilhombre rural. Es un fabricante, muy rico (creo), de ruedas de vagones. Tiene alrededor de cincuenta años, un rostro ru-

bicundo y es de carácter jovial. Es íntimo amigo del vicario, contribuye con generosidad a los fondos de la parroquia —aunque el rumor diga que es extremadamente ruin cuando se trata de gastos personales—, fomenta los partidos de críquet, los clubes de juventud y los institutos para soldados mutilados. Es, en una palabra, la vida y el alma de nuestro apacible pueblo.

Cuando Roger Ackroyd era un mozo de veintiún años, se enamoró y se casó con una hermosa mujer cinco o seis años mayor que él. Se apellidaba Paton, era viuda y tenía un hijo. La historia de su unión fue corta y penosa. Para hablar claro, Mrs. Ackroyd era una dipsómana. Cuatro años después de la boda, logró matarse a fuerza de beber.

En los años que siguieron, Ackroyd no se arriesgó a una segunda aventura matrimonial. El hijo del primer marido de su mujer tenía siete años cuando su madre murió. Cuenta ahora veinticinco. Ackroyd lo ha considerado siempre como su propio hijo y lo ha educado en consecuencia, pero ha sido un muchacho alocado y una fuente de disgustos y sinsabores para su padrastro. Sin embargo, todos en King's Abbot quieren a Ralph Paton. Todos coinciden en que es un buen tipo.

Como he dicho antes, en este pueblo siempre estamos dispuestos a chismorrear. Todos notaron desde el principio que Ackroyd y Mrs. Ferrars eran muy buenos amigos. Después de la muerte del esposo, la intimidación se acentuó. Se los veía siempre juntos y se decía que, al acabar su luto, Mrs. Ferrars se convertiría en la esposa de Ackroyd. Todo el mundo pensaba, por cierto, que había una cierta lógica en el asunto.

La esposa de Ackroyd había muerto a consecuencia de sus excesos con la bebida, y Ashley Ferrars fue un borracho durante muchos años antes de su muerte. Era natural que las víctimas de los excesos alcohólicos se consolaran mutuamente de lo que habían sufrido por culpa de sus anteriores cónyuges.

Hacía apenas un año que los Ferrars habían llegado al pueblo, pero Ackroyd había sido la comidilla de los habitantes de King's Abbot durante mucho tiempo. Mientras Ralph Paton crecía, una serie de amas de llaves gobernaron la casa de Ackroyd, y cada una de ellas fue estudiada con recelo y con curiosidad por Caroline y sus amigas. No creo exagerado decir que, durante quince años por lo menos, el pueblo esperó que Ackroyd se casara con una de sus amas de llaves. La última, una señora temible llamada miss Russell, reinó durante cinco años, el doble que sus predecesoras. Se creía que, de no ser por la llegada de Mrs. Ferrars, Ackroyd no se le hubiera escapado.

Influyó también otro factor: la venida inesperada de una cuñada de Roger, procedente de Canadá, con una hija. Se trataba de la viuda de Cecil Ackroyd —hermano pequeño de Roger y un inútil—, que se instaló en Fernly Park y que logró, según dice Caroline, poner a miss Russell en su sitio.

No sé a ciencia cierta lo que querrá decir «en su sitio»; suena a algo frío y desagradable, pero he comprobado que miss Russell va y viene con los labios apretados, lo que yo califico de «sonrisa ácida». Profesa la mayor simpatía por la «pobre Mrs. Ackroyd, que depende de la caridad del hermano de su marido. ¡El pan de la caridad es tan amargo! ¿Verdad? Yo me sentiría muy desgraciada si no me ganara la vida trabajando».

No sé lo que la viuda de Cecil Ackroyd pensaría del asunto de su cuñado con la viuda Ferrars. Sin duda, era ventajoso para ella que Roger permaneciera viudo, pero se mostraba amabilísima —incluso efusiva— con Mrs. Ferrars cuando la veía. Caroline dice que eso no prueba absolutamente nada.

Tales han sido nuestras preocupaciones en King's Abbot durante los últimos años. Hemos discutido de Ackroyd y de sus asuntos desde todos los puntos de vista. Mrs. Ferrars ha ocupado su lugar en el esquema.

Ahora se ha producido un cambio en el panorama. De la amable discusión sobre los probables regalos de boda, hemos pasado a las sombras de la tragedia.

Mientras pensaba en todas esas cosas, hice sin deliberación mi ronda de visitas. No tenía ningún caso especial que atender y tal vez fui afortunado con eso, pues mi pensamiento volvía una y otra vez a la misteriosa muerte de Mrs. Ferrars. ¿Se habría suicidado? Si lo había hecho, lo más seguro era que hubiese dejado alguna nota sobre el paso que iba a dar. Sé por experiencia que las mujeres que deciden suicidarse desean, por regla general, revelar el estado de ánimo que las lleva a cometer ese acto fatal.

¿Cuándo la había visto por última vez? Apenas hacía una semana. Su actitud había sido entonces completamente normal.

Recordé de pronto que la había visto la víspera, aunque sin hablarnos. Ella estaba paseando con Ralph Paton, lo cual me sorprendió, pues ignoraba que el muchacho se encontrara en King's Abbot. Creía que había reñido definitivamente con su padrastro y que, en los últimos seis meses, no había estado en el pueblo. Paseaba con Mrs. Ferrars, con las cabezas muy juntas, y ella hablaba con mucha ansiedad.

Creo poder decir con toda sinceridad que fue entonces cuando el presagio surgió en mi mente. No era todavía nada tangible, sino una simple corazonada. Aquel vehementemente *tête-à-tête* entre Ralph Paton y Mrs. Ferrars me causó una impresión desagradable. Continuaba pensando en ello cuando me encontré frente a frente con Roger Ackroyd.

—¡Sheppard! —exclamó—. Usted es el hombre que buscaba. ¡Qué tragedia tan horrible!

—¿Se ha enterado usted?

Asintió. Me di cuenta de que el golpe había sido muy duro para él. Los rojos mofletes parecían hundidos, y no

era más que la sombra del hombre jovial y rebosante de salud que conocía.

—El asunto es peor de lo que supone —dijo en voz baja—. Oiga, Sheppard, necesito hablar con usted. ¿Puede acompañarme a casa ahora?

—Lo veo difícil. Tengo que visitar a tres enfermos y he de estar en mi casa a las doce para atender el consultorio.

—Déjemoslo para esta tarde. O mejor aún: venga a cenar esta noche, a las siete y media. ¿De acuerdo?

—Sí, eso me va mucho mejor. ¿Qué ocurre? ¿Se trata de Ralph?

No sé qué fue lo que me impulsó a decir eso, excepto, quizá, que casi siempre había sido Ralph.

Ackroyd me miró como si no me hubiera comprendido. Me di cuenta de que ocurría algo muy grave. Nunca, hasta entonces, había visto a Ackroyd tan trastornado.

—¿Ralph? —repitió vagamente—. No, no se trata de él. Ralph está en Londres. ¡Maldita sea! Aquí llega la vieja miss Gannett. No quiero hablar con ella de este terrible asunto. Hasta luego, Sheppard. A las siete y media.

Asentí y él se marchó deprisa. Me quedé pensativo. ¿Ralph en Londres? ¡Pero si estaba en King's Abbot la tarde anterior! Debí de volver a la ciudad por la noche, o a primera hora de la mañana, y, sin embargo, de la actitud de Ackroyd se infería algo muy distinto. Había hablado como si Ralph no se hubiera acercado al pueblo durante varios meses.

No tuve tiempo de meditar el asunto. Miss Gannett me acorraló, sedienta de información. Esta señorita tiene todas las características de mi hermana Caroline, pero carece de su ojo certero para llegar a las conclusiones, que son el toque genial de las deducciones de Caroline. Miss Gannett estaba sin aliento y se mostraba inquisitiva.

¿No era una pena lo que le había ocurrido a la pobre Mrs. Ferrars? Mucha gente anda diciendo que hacía años que se

había aficionado a las drogas. ¡Parece mentira lo que la gente llega a inventar y, sin embargo, lo peor es que, en general, hay algo de verdad en esas descabelladas afirmaciones! ¡Cuando el río suena...! También dicen que Mr. Ackroyd lo descubrió y rompió el compromiso, porque había un compromiso. Ella, miss Gannett, tenía pruebas. Desde luego, yo debía saberlo todo (los médicos siempre lo saben todo, pero se lo callan).

Me espetó todo eso con su mirada de águila para ver cómo reaccionaba ante sus sugerencias. Afortunadamente, la vida en común con Caroline me ha enseñado a mantener mis facciones en la mayor impassibilidad y a contestar con frases breves que no me comprometan.

En esta ocasión, felicité a miss Gannett por no formar parte del grupo de calumniadores y chismosos. «Un buen contraataque», pensé. La puso en dificultades, y me marché antes de que pudiera rehacerse.

Regresé a casa pensativo. Varios pacientes me esperaban en la consulta.

Acababa de despedir al último y pensaba descansar unos minutos en el jardín antes del almuerzo, cuando vi que me esperaba otra paciente. Se levantó y se acercó a mí mientras yo permanecía de pie un tanto sorprendido. No sé el porqué, quizá por esa imagen férrea que transmite miss Russell, algo que está por encima de las enfermedades de la carne.

El ama de llaves de Ackroyd es una mujer alta, hermosa, pero con un aire que impone respeto. Tiene una mirada y una boca severas. Tengo la impresión de que si yo fuera una camarera o una cocinera, echaría a correr al verla acercarse.

—Buenos días, doctor Sheppard. Le agradecería que echara un vistazo a mi rodilla.

La reconocí, pero, a decir verdad, no le encontré nada de particular. La historia de miss Russell sobre unos vagos

dolores resultaba tan poco convincente que, de haberse tratado de cualquier otra persona con menos integridad de carácter, hubiera sospechado que intentaba engañarme. Se me ocurrió la idea de que miss Russell hubiera inventado deliberadamente la afección de la rodilla para sonsacarme respecto a la muerte de Mrs. Ferrars, pero no tardé en darme cuenta de que me equivocaba. No hizo más que una breve alusión a la tragedia. Sin embargo, parecía dispuesta a entretenerse y a charlar.

—Gracias por esta botella de linimento, doctor —dijo finalmente—, aunque no creo que me alivie mucho.

Tampoco yo lo creía, pero protesté, como era mi deber profesional. Después de todo, no podía causarle daño y hay que dar la cara por los instrumentos de nuestra profesión.

—No creo en todas esas drogas —comentó miss Russell, con una mirada de desprecio a mi surtido de frascos—. Las drogas suelen hacer mucho daño. Fíjese usted en los cocainómanos.

—¡Oh! Esos casos... —comencé, pero ella no me dejó seguir.

—... son muy frecuentes en la alta sociedad.

Estoy convencido de que miss Russell sabe mucho más de la alta sociedad que yo. No traté de discutir con ella.

—Sólo quiero que me diga una cosa, doctor. ¿Puede curarse un verdadero adicto a las drogas?

No es posible contestar a una pregunta de esa naturaleza a la ligera. Le di una breve respuesta, que ella escuchó con atención. Yo continuaba sospechando que buscaba información sobre Mrs. Ferrars.

—El veronal, por ejemplo... —empecé.

Pero, cosa extraña, no parecía interesada en el veronal. Cambió de tema y me preguntó si era cierto que algunos venenos no dejaban la menor huella.

—¡Vaya! ¡Ha estado usted leyendo historias de detectives!

Me confesó que sí.

—La esencia de una historia de detectives —proseguí— es la existencia de un veneno raro, algo que viene de América del Sur y que nadie conoce, algo que una tribu de salvajes emplea para envenenar sus flechas. La muerte es instantánea, y la ciencia occidental no puede llegar a descubrirlo. ¿A eso se refiere?

—Sí. Pero ¿existe en realidad?

Meneé la cabeza, apenado.

—Me temo que no. Está el curare, desde luego.

Le hablé largo rato del curare, pero daba la sensación de haber perdido interés por el tema. Me preguntó si tenía ese veneno entre mis drogas y, al contestarle que no, me parece que dejé de interesarle.

Me dijo que debía marcharse, y la acompañé hasta la puerta del consultorio en el momento en que sonaba el gong del almuerzo. Nunca hubiese sospechado que miss Russell fuese aficionada a las historias de detectives. Me divertía muchísimo pensar que salía de su cuarto para regañar a una criada delincuente, para después volver a la lectura del *Misterio de la séptima muerte*, o algo por el estilo.